

Fue en la Comisaría Central de Policía de Frankfurt donde vi fotografías originales de Arnold Odermatt por primera vez. En aquel entorno, adquirirían la calidad documental del trabajo realizado por el personal del departamento de accidentes de tráfico o se convertían en registro oficial de los daños de los vehículos.

Arnold Odermatt procede de Nidwalden, y las capillas, iglesias y museos de la zona atesoran bellísimos exvotos e imágenes votivas. En dichos lugares, quedan presentes, de forma triangular, para la posteridad, el devoto, el motivo de la ofrenda, y la Virgen o el Santo Patrón. Ello garantiza al intercesor la salvación milagrosa del desastre gracias a los poderes del ángel de la guarda correspondiente. Es una forma de agradecimiento. Cuanto más vívida y religiosa es la historia narrada por la persona que admira la imagen votiva, mayor es la intensidad que adquiere dicha imagen, excelente testimonio artístico del siglo XV que ha sobrevivido inalterado al paso de los siglos.

Como policía, Odermatt tiene esta peculiar visión de las consecuencias de un accidente de tráfico. El objetivo de su cámara da con el elemento principal de la imagen, el vehículo colisionado. Y, tal y como ocurre con la imagen votiva, en las fotografías de Odermatt también se produce un milagro: se han eliminado los rastros del accidente y se han limpiado las manchas de sangre. Odermatt nos muestra imágenes en las que quedan descartadas las víctimas del accidente. No quedan plasmados la falta de atención, la velocidad excesiva, las maniobras de un conductor ebrio, los heridos graves, las personas que se niegan a aceptar que han cometido un error ni los virulentos argumentos de los supervivientes. Ante nuestros ojos, se nos presenta una escultura que despierta nuestro interés por el metal deformado, una instantánea de las formas esculturales que se crean tras un accidente, es decir, de la maravillosa transformación de un policía en un hombre que convierte un accidente en una visión placentera.

En sus fotografías, el realismo se convierte inmediatamente en un acontecimiento estético de contenido dramático que es captado por la mirada cercana y, otras veces, lejana de la cámara. A veces, los vehículos entrelazados se transforman en monumentos. En otras ocasiones, el volkswagen semisumergido en el lago parece probar la teoría marxista sobre el arte, que asegura la pérdida del carácter sagrado y místico del "trotamundos que atraviesa el mar de niebla" en los tiempos recientes y más mundanos sin tener en cuenta que, de las cenizas de los fracasados, puede renacer el Ave Fénix de la nueva belleza y que, si nos detenemos ante un acontecimiento, descubrimos la eternidad.

Algunos pueden considerar que las fotografías de Odermatt son naif pero, quizás, la cualidad que mejor las define es la frescura. Henri Rousseau solía medir la distancia entre los dos ojos y la longitud de la nariz y aplicaba una ecuación con dichos parámetros para captar mejor la esencia de la persona retratada. Ya fuera un animal salvaje o la musa del poeta, todos ellos, con sus inusuales propiedades fisonómicas, observan directamente al espectador. Y es verdad. El policía fotografía con la misma gran dedicación y concentración con las que pintaba el aduanero, y oculta la imagen humana detrás del vehículo conducido por ese mismo ser humano.

La primera vez que me puse a buscar desastres que guardaran cierta relación entre sí para exponerlos en la Bienal de Venecia, yuxtapuse la terrible omnipresencia de la muerte tras la explosión de la central nuclear de Chernobyl, retratada por Victor Maruchenko, y, más concretamente, la amenaza radiactiva, con la amenaza de los accidentes provocados por el ser humano. Una nube tóxica que invade hasta el último rincón. La equivocación de los conductores de vehículos es un asunto individual. Colectividad e individualidad.

Sin ánimo de interpretar las cosas en exceso, cada elemento expuesto en la arquitectura de pasillos de la Corderie, tan idóneo para tales yuxtaposiciones, gozaba de su propio espacio vital. Era como pasar de la época de las epidemias que afectan a todo, al derecho humano a la autodeterminación. Desde ese punto de partida, sólo hay que dar un pequeño paso para afirmar que, en un país rico, el policía también tiene derecho a crear, a partir de un accidente, un paisaje romántico moderno, una belleza escultural de vehículos enredados, en el que capta para el espectador el endeble equilibrio de un camión de diez toneladas que emerge de las aguas. El ojo profesional retrata las imágenes que nos rodean y las eleva al nivel de percepción estética. De ahí, nos devuelve a la vida diaria y al incesante movimiento del tráfico rodado que se detiene cuando se produce un accidente en un lugar jamás elegido.

Odermatt fotografía el destino. La credibilidad y la belleza que surgen de la catástrofe. Un lenguaje visual admirable.

*En: Arnold Odermatt. Die Biennale Auswahl. 32 Photographien für Venedig 2001, Springer & Winckler Galerie, Berlín 2002, págs. 5-6*

Aus:

Centro Cultural Okendo: Arnold Odermatt. San Sebastián 2005.